

Tamshiyacu: turismo vivencial a orillas de la civilidad iluminista¹

Por: Ana Gretel Echazú Böschemeier
gretigre@gmail.com

El pueblo de Tamshiyacu, con casi 5000 habitantes y veintinueve kilómetros al sur de Iquitos, fue fundado en el año 1911 por Toribio Fernández Bautista, recaudador de rentas fiscales y empresario maderero. Entre 1908 y 1910, fueron proyectadas y concretizadas treinta manzanas de diez mil metros cuadrados cada una y setenta y un calles de veinte metros de ancho por cien de largo. La obra “que empecé con bien intencionado entusiasmo y patriotismo”, como expresa Fernández en el opúsculo donde narra esta epopeya fundacional, tenía como finalidad sentar una frontera estable frente al avance de los países vecinos, Ecuador y Colombia: sin duda alguna, el pueblo sería un hito de peruanidad recuperada. Dando pasos firmes en esta domesticación de la selva, Hernández y los siete colonos migrados desde las montañas de Borja, Alto Marañón, sostenían que “los blancos” traerían las luces para que el día de mañana “este pueblo llegue a ser grande y culto”. El pionero Toribio Fernández, cuyo espíritu de civilidad iluminista parecía guiarlo a cada trazado de calles, de plazas; en la proyección de clubes deportivos, en las mitas organizadas para construir la Iglesia Católica local, tal vez nunca habría soñado un destino semejante para Tamshiyacu.

Y es que en Tamshiyacu hoy sucede, como en otras tantas ciudades y pueblos de la Amazonía del Perú, un fenómeno muy particular: el del turismo vivencial. Hay en el pueblo y alrededores por lo menos dieciocho albergues destinados a hospedar turistas y a convidarles ayahuasca y otras “plantas maestras” a precios diversos. Las palabras “curandero”, “chamán” y “ayahuasca” circulan abiertamente en las conversaciones del mercado y la avenida principal. Tamshiyacu cuenta con una escuela primaria y secundaria, la “Agustín Rivas Vázquez”, fundada por uno de los *ayahuasqueros* más famosos del lugar, el propio Don Agustín Rivas. Otro conocido curandero participa activamente de los partidos de fútbol locales y su equipo, dicen, “difícilmente pierde”. En la radio se promocionan tomas de ayahuasca “cómodas, con visiones aseguradas”. Cuando arriba un/a turista, suele ser abordado/a por los jóvenes muchachos que cargan y descargan mercaderías en el puerto: “A lo de Lucho Panduro?”, “a lo de Jorge Majipo?” (foto), “a lo de Pedro Guerra?”. Las mujeres visitantes suelen procurar a Isabel Rengifo (foto), única mujer que se auto-reconoce abiertamente como curandera en la localidad. Sin dudas, el turismo vivencial se configura como una de las actividades sociales,

¹Publicado en: Revista Kanatari. Año 29. 23 junho 2013. N 150. Tomo XXXI. Pagina 5. Iquitos, Peru.

simbólicas, políticas y económicas con mayor peso en la actualidad de este pequeño cuerpo urbano amazónico.

Quiénes son los/as turistas que protagonizan este fenómeno? Mujeres y hombres nacidos/as generalmente en países europeos o de América del Norte - aunque también he conocido a Nathálie, una joven de Sri Lanka (foto) y a Nada, otra joven nacida en Abu Dabi, los emiratos árabes. Estas personas tienen generalmente entre treinta y cuarenta años: transitan lo que en Occidente muchas veces se ha entendido como la “crisis de la media edad”, plena de dudas y replanteos existenciales. Buscan una conexión directa con lo sagrado, sin las imposturas que, afirman, la civilización moderna añadió al sentimiento religioso. Al eje de esas vivencias lo constituye la toma ceremonial de ayahuasca, bebida amazónica que por milenios ha sido utilizada por curanderos/as *vegetalistas* de la región.

De esta manera, se abre una vibrante paradoja: mientras una parte de la población de Tamshiyacu - generalmente la pequeña clase urbana del pueblo - reivindica la civilidad heredada de su fundación, con eje en los valores católicos, la exaltación de la peruanidad y la ampliación del Estado, otra parte - que permaneció al margen de este movimiento expansionista - ofrece al turismo sus chacras históricamente laboreadas, que fueron adaptadas como albergues chamánicos. Allí los/as turistas pasan temporadas, entendiendo estos espacios como siendo el interior mismo de la “selva virgen”, tomando plantas y haciendo dietas.

Las corrientes antípodas del mundo globalizado no han escapado a Tamshiyacu: cultivan en su seno dos fuerzas contradictorias: la de la civilidad, deseada desde dentro por su propia clase media urbana, y la del primitivismo, anhelado desde fuera por los y las turistas que buscan en ella una vía privilegiada de retorno a la Naturaleza.



Isabel, curandera *shipiba* emigrada a Tamshiyacu, caminando para mostrar una de las cabañas de su albergue, *Mundo de la Yacuruna*. Foto: A.G. Echazú Böschemeier. Setiembre de 2012.



Jorge, curandero de Tamshiyacu, cuenta sobre las propiedades medicinales del *Caballo Caspi*, mientras Nathalie, visitante de Sri Lanka, toma notas. Foto: A.G. Echazú Böschemeier. Abril de 2013.